Arca: Ruidos de una biología sin cuerpo

Aldo Poblete Varas
24 de noviembre de 2026

Fuera del parámetro, todavía dentro del horizonte de un terreno extraño. Verdes minerales, pardos muertos, estratos primarios que desdeñan el imperio del mal que nos acecha, porque ya somos naturaleza de silicio, la pura novedad del mundo técnico. Un Kittler desnaturalizado. Una ficción de materiales incongruentes e infamia libidinal, rescatada de algún lugar perdido del laboratorio donde las máquinas fabrican certezas renovadas, flota a la deriva en el estanque donde se pudren los sueños de una civilización. Dentro de ese sueño peculiar, el cuerpo se afecta a sí mismo. Arca llega después de que este fin de los tiempos se haya anunciado demasiado pronto. La melodía de un preludio agotado, un lienzo imprimado hasta que nada puede adherirse a él. La preparación sustituye a la ejecución primaria. El tránsito se convierte en camino. El verbo sale del ámbito del lucro, reducido a clamor y a una rancia declaración transhumanista de victoria.

Lo decimos con todas sus letras y perdonamos nuestros pecados aristocráticos mientras la densidad de la condición humana se desfigura en silencio. Lo humano se vuelve una extraña convergencia de coartadas que se despliega en una realidad regida por números, materia bruta y afectos que nos tragamos por conveniencia y por puro hastío ante las formas culturales que antaño convocaban al mar. A través de Arca, ese hastío se quiebra. La oscuridad se vuelve un líquido vital y destruye la sensorialidad domesticada. Aquí se alza de la tierra como lluvia sagrada, una penumbra capaz de fracturar cuanto sigue en pie de espaldas al laberinto de una sociedad que especula consigo misma. El capital y el delirio místico flotan sobre cajas de ritmos y sintetizadores a la deriva mientras estos emiten algoritmos generadores de sonido. Bajo las fracturas de las voces transpuestas y el derrumbe de la percusión metálica, todo sigue sumergido en el LCL que sostiene la vida y permite la conexión. El cable entra directamente en la médula espinal y abre el torso a la fuerza hasta dejar expuestos los órganos, o lo que quede de ellos.

Esta es la música de una intencionalidad fría y deliberada. Un suspiro hierático ante la mecánica estricta de una pulsión extropiana hacia el éxtasis de los órganos expuestos. Manipulación luciferina de los límites. A las puertas de estas cavernas especulativas, la salvación y la crítica se desvanecen. Dentro, la música y el tiempo se pierden en el cálculo infinitesimal y en carcasas de computadores a la espera de una ruptura total. No es otro conflicto por delegación del que el arte contemporáneo pueda apartarse cortésmente, retirando sus fuerzas existenciales. Solo desde ese umbral se puede dar cuenta de los negros de esta sala. Negros brillantes, bibliotecas de sueños permitidos nutridas por texturas alienígenas caleidoscópicas en un territorio donde está inscrita una historia universal del crimen. Desde *Mutant* y a lo largo del ciclo *Kick*, esta es música del cuerpo, donde el encierro se vuelve un poema de frenesí, un diálogo febril entre sentidos llevados al límite.

En la música de Arca, la línea de falla corre entre una biología maléfica que conspira contra la inteligencia y los restos de una fuerza fantasmagórica que se niega a reinventarse en letras y conceptos. El delirio ya es puro diagrama digital. Todo organismo es a la vez residuo biológico especializado en la reproducción automática y el espejismo entero que producen las visiones maquínicas más siniestras, el de un ajuste de cuentas. Pasa por enfermedades que sangran fuera del píxel, por la fantasía marginal y el espectáculo forense de sujetos anclados a un terreno donde el prestigio y la biología esperan de espaldas, listos para que los arrastren hasta el telón. Allí, los restos funerarios no pueden reposar sin que el hormigón se destruya a sí mismo. La sonoridad retrocede hasta que solo sobrevive de ella la subordinación total al espectáculo de los restos corporales, como una luna roja y magnética atrapada dentro del chip. Por esa pasarela todavía puede pasar Galliano y dejar la máscara de obsidiana sellada dentro de las salas construidas para contenerla.

Arca al borde del sintagma. Una religión para una era de comienzos: un ruido viscoso que mana del origen del tiempo, coagulado para hervir hasta desbordarse hoy.